



## ¿POR QUÉ BUSCÁIS ENTRE LOS MUERTOS AL QUE ESTÁ VIVO?

**Escrito dominical, el 5 de abril**

Os digo y me digo a mí mismo: “¿Cómo testimoniaremos la alegría que colma nuestro corazón por el amor de Cristo?” Si alguna vez hemos experimentado el amor a Jesucristo, hoy es cuando, al anunciarnos la Iglesia su resurrección, nuestro corazón exulta y ha de exclamar: “Me han traído esta buena noticia: Jesús, mi Dios, vive”. Al escuchar semejante alegría, ¿ha recobrado el ánimo mi corazón, que tal vez está hundido en la pena y en el desánimo?

Los cristianos nos deseamos la Feliz Pascua. La suave música de este gozoso mensaje tiene que reanimar a cuantos, por ser pecadores, estábamos hundidos en la muerte. Sin este mensaje no habría más salida que desesperar y enterrar en el olvido a aquellos que Jesús, saliendo de los infiernos, habría dejado en el abismo.

Hazte unas preguntas para comprobar que tu espíritu ha recobrado la vida en Cristo: “Si Jesús vive, ¿eso me basta? Si Él vive, ¿yo vivo en Él, mi vida depende de Él? ¿Él es mi vida, Él es mi todo? ¿Qué me puede faltar si Jesús vive? ¿Qué me importa que me falte lo demás, si sé que Jesús vive?”

De nuevo lucharon vida y muerte en singular batalla y, muerto el que es la Vida, triunfante se levanta. El que es primicia de los muertos, sabemos que está resucitado; la muerte en Él no manda. Y da sus fieles parte en su victoria santa. Nada más grande que esto ha sucedido a la humanidad. Me ha sucedido a mí. Mi vida está orientada hacia a los demás; ya no vale quererse exclusivamente a sí mismo; gano cuando pierdo; me encuentro si no me busco a mí mismo; puedo morir, pero resucito en Él.

Los cristianos sabemos que Cristo está resucitado. Él está vivo, porque “ha sido inmolado Cristo, nuestra Pascua” (1 Cor 5,7). Este era el grito, la exclamación de san Pablo, un texto que apenas remonta a veinte años después de la muerte de Jesús. Esta es la conciencia de la novedad cristiana. El símbolo central de la Historia de la salvación –el Cordero pascual– se identifica aquí con Jesús, llamado precisamente “nuestra Pascua”.

Quiero recordar un bello texto de san Agustín, que él dirigía a sus cristianos: “¡Venid, cantores buenos, hijos de la alabanza del Dios verdadero! Han llegado los días en que hemos de cantar el Aleluya”. Hay en estas palabras un exultante júbilo pascual; recobran toda su lozanía cada vez que amanece el sol de la mañana de Pascua sobre el panorama cambiante de este mundo.

¿Puede realmente cantarse el aleluya sobre esta tierra, mantener hoy vivo el júbilo del aleluya, como hace ahora la Iglesia en el tiempo pascual? ¿Tiene cabida el aleluya en este mundo? Sin duda que el “cántico del Señor” se nos ha vuelto profundamente extraño. Pero es menester buscar de nuevo el alma del aleluya y reconquistarle al cántico del Señor el lugar que merece en la vida de los redimidos. Hemos experimentado, sin duda, desalientos, dudas, peligros y tristezas; hemos experimentado el mal, la enfermedad, tantas otras cosas. Pero es la audacia de la fe del que corre al lado de Cristo y con Él persevera para cantar con fuerza el aleluya; aunque seamos miembros débiles del fuerte vencedor de la Pascua. Cantar el Aleluya es introducirnos en la luz y lograr asir, ya en la carne, la orla de la eterna alegría. Feliz Pascua.

✠ Braulio Rodríguez Plaza  
Arzobispo de Toledo y Primado de España

## NUESTRO BAUTISMO

### Escrito dominical, el 19 de abril

¿Qué sucede en el Bautismo? ¿Qué esperamos del Bautismo? Les preguntamos a padres que traen a bautizar a sus niños bebés: ¿Qué pedís a la Iglesia de Dios? Y ellos responden: la fe o la vida eterna; también se pregunta al catecúmeno adulto lo mismo: él pide la fe, y ésta otorga la vida eterna. Sí, esta es la finalidad del Bautismo. Pero, ¿cómo pueda dar el Bautismo la vida eterna? Y, ¿qué es la vida eterna? Se podría decir, con palabras más sencillas: esperamos para estos niños o adultos una vida buena, la verdadera vida; la felicidad también en un futuro aún desconocido. Y como esto no lo podemos asegurar, nos dirigimos al Señor para obtener de Él este don.

¿Cómo sucedió y sucederá esto? Podemos dar dos respuestas. La primera es: en el Bautismo, el niño, el adolescente o el adulto es insertado en una compañía de amigos que no lo abandonará nunca ni en la vida ni en la muerte, porque esta compañía de amigos es la familia de Dios, que lleva la promesa de eternidad. Es la Iglesia, que acompañará siempre al bautizado, incluso en días de sufrimiento, en las noches oscuras de la vida, pues le brindará consuelo, fortaleza y luz. Esta compañía, esta familia de la Iglesia, en la comunidad parroquial o en otra comunidad cristiana, le dará palabras de vida, palabras de luz que responden a los grandes desafíos de la vida y dan una indicación exacta sobre el camino que conviene tomar.

Le dará al bautizado también amistad, le dará vida. Y esta compañía, siempre fiable, no desaparecerá nunca. Ninguno de nosotros sabe que sucederá en España, en Europa, en el mundo, en los próximos 50, 60 ó 70 años. Pero de una cosa estamos seguros. La familia de Dios siempre estará presente y los que pertenecen a esta familia nunca estarán solos, tendrán siempre la amistad segura de Aquel que es la vida. ¡Cuánto me gustaría que viviéramos así nuestro Bautismo en esta Pascua! Siento que es una gracia de la que tantos bautizados no gozan.

Así llegamos a la segunda respuesta. Esta familia de Dios, esta compañía de amigos es eterna, porque es comunión y amistad con Aquel que ha vencido a la muerte, que tiene en sus manos las llaves de la vida. Estar en esta compañía, en la familia de Dios, significa estar en comunión con Cristo, que es vida y da amor eterno más allá de la muerte. Podemos, pues, decir que esta compañía con Aquel que vida realmente, con Aquel que es el Sacramento de la vida, responderá a las expectativas y esperanzas de los que son bautizados, iluminados con la vida del Resucitado. Sí, si el Bautismo es algo es porque inserta en la comunión Cristo que da la vida. El Bautismo da la vida.

Pero este don de Cristo en el Bautismo debe ser acogido, debe ser vivido. Un don de amistad implica un “sí” al amigo e implica un “no” a lo que no es compatible con esta amistad, a lo que es incompatible con la vida de la familia de Dios, con la vida verdadera en Cristo. Por eso se pronuncias tres “no” y tres “sí”; por eso hay renunciaciones en el Bautismo; lo contrario sería absurdo. ¿A qué decimos “no” en el Bautismo? En la Antigüedad se renunciaba a la “pompa diaboli”, es decir, a la apariencia de vida que parecía venir del mundo pagano, de sus libertades, de su modo de vivir sólo según lo que agradaba, a la “anticultura de la muerte”, la perversión de la alegría.

¿A qué hemos renunciado nosotros en nuestro Bautismo? “Éramos muy pequeños”, responden algunos. Pues también en nuestro tiempo es preciso decir “no” a la cultura de la muerte, ampliamente dominante. Esa “anticultura” que se manifiesta, por ejemplo, en la droga, en la huida de lo real hacia lo ilusorio, hacia la felicidad falsa que se expresa en la mentira, en el fraude, en la injusticia, en el desprecio del otro, en la falta de solidaridad y responsabilidad respecto a los pobres y los que sufren, que se expresa igualmente en una sexualidad que se convierte en pura diversión sin responsabilidad, que se transforma en “cosificación” –por así decirlo- del hombre y la mujer, a los que ya no se considera persona, digno de un amor personal que exige fidelidad, sino que se convierte en mercancía, en un mero objeto.

A todo esto renunciemos cuando, en la noche pascual, renovamos nuestro Bautismo. Es nuestro “sí” a Cristo, al vencedor de la muerte; el “sí” a la vida en el tiempo y en la eternidad.

✠ Braulio Rodríguez Plaza  
Arzobispo de Toledo y Primado de España

## INICIAR A LA FE CATÓLICA

### Escrito dominical, el 26 de abril

Mi reconocimiento a cuantos fieles cristianos, los hijos de la Iglesia, que se esfuerzan por vivir en el día a día su fe y también por acercarse a “las periferias existenciales” de tantos hombres y mujeres, anunciándoles de modos nuevos a Jesucristo, esto es, lo esencial cristiano. Lo digo porque conozco muchas iniciativas loables que estoy seguro renuevan nuestra Iglesia. Nunca es suficiente, pero doy gracias a Dios por vosotros, hermanos, que no calláis la fe y oráis para que crezca el reino de Dios. Este reino o reinado, al ser de Dios, es Él en su Hijo por el Espíritu Santo quien lo lleva adelante, pero sois vosotros, como miembros de Cristo, los que Él quiere que seáis voz, corazón, cercanía y rostro para los demás. Vuestro apostolado es sumamente necesario y urgente.

Pero estoy pensando también en un trabajo apostólico que cada comunidad parroquial realiza que, en ocasiones, parece es, si no rutina, algo normal. Y no lo es. Me refiero al proceso de Iniciación Cristiana que culmina en el Bautismo, Confirmación y Primera Comunión, que lleva consigo iniciar también a la Eucaristía dominical y a la Liturgia de la Iglesia. Estoy pensando ahora en los 15 primeros años, más o menos, de la existencia de los chicos y chicas que han sido bautizados en los primeros años de su vida. Son la mayoría de los fieles cristianos. Intentaré describir este proceso como se da realmente en nuestras parroquias. No es fácil ese proceso de educación en la fe, y no todo está conseguido, pues intervienen muchas razones.

Quisiera, sin embargo, hablar brevemente del Catecumenado Bautismal tanto de adultos que quieren ser cristianos como de niños en edad escolar no bautizados, y que tienen entre 7 y 10 años. Este Catecumenado diocesano, verdadero tesoro de la Iglesia porque da cuenta de la vitalidad de la Diócesis para incorporar nuevos miembros cuando éstos libremente lo deciden y se preparan para ello, no está, sin embargo, en la cabeza ni en el corazón de los que ya formamos la Iglesia. No tenemos experiencia apenas de cuál ha de ser el proceso hasta llegar al Bautismo, cuando la palabra “catequesis” suena todavía demasiado a niños pequeños, y no a un eco de la llamada que Jesucristo hace a todos. El Catecumenado bautismal de adultos, aún con sus dificultades, va abriéndose paso poco a poco, pero es el Catecumenado de los niños en edad escolar el que los padres, y los abuelos, no acaban de aceptarlo como verdadero proceso. ¿Y los pastores? Tal vez todavía no del todo. Ni los catequistas ni quizá el Obispo. Pasos se están dando y hay que proseguir.

Quiero resaltar, por supuesto, la encomiable labor que tantos catequistas están haciendo en esa preparación de niños y adolescentes, que recibieron el Bautismo de bebés, cuando trabajan porque ellos acepten bien en su vida la iniciación al domingo y la Eucaristía, o al sacramento que culmina el Bautismo, la Confirmación. Hay que descubrirse antes ellos. Pero sigue habiendo en nuestros fieles, sobre todo, en padres y familiares, demasiada carga de celebrar sacramentos de Iniciación como fiesta social o como si se tratara con cumplir con la tradición, sin implicarse con su vida y ejemplo en la conducta de sus hijos. Son muchas veces sacramentos puntuales, de relevancia social. Y los sacerdotes somos tachados de demasiado rígidos, cuando queremos que las cosas se hagan bien, pero no es verdad. Tenemos nuestros fallos, pero aguantamos mucho. La Iglesia no puede renunciar a lo que implica la iniciación cristiana. Hemos de ayudarnos para no caer en posturas que no conducen sino a enfrentamientos, pero hay que ser más consecuentes.

La Confirmación de adolescentes tiene sus propias peculiaridades. Ahí, sacerdotes y catequistas se encuentran con el tema de la continuidad de los chicos en la vida cristiana. Nos faltan personas que acompañen a estos chicos con ofertas atractivas y serias que les hagan crecer en una sociedad que prescinde de la fe en los momentos y decisiones importantes. ¿Cómo van a vivir chavales con 14/15 años su crecimiento en la fe, sin una ayuda de cara a afrontar los retos de nuestra sociedad consumista y emotivista? Son preocupaciones mías que quisiera fueran de toda la comunidad diocesana.

✠ Braulio Rodríguez Plaza  
Arzobispo de Toledo y Primado de España